

NOTA Á ESTA EDICION.

Los principios en que el autor establece los derechos de conquista en este capítulo, requieren alguna explicacion. La opinion general en aquel siglo, nacida en la época de las cruzadas y que era una consecuencia y ampliacion de estas, era que los príncipes cristianos tenian no solo el derecho, sino la obligacion, de invadir á los pueblos que no lo eran, para propagar la religion, y de aquí vinieron las concesiones hechas por la silla apostólica á Portugal y á España, á las cuales se dió en su aplicacion un sentido tan extenso, que fué menester que la misma silla apostólica explicase en su bula de Paulo III, que no se entendia por ellas la facultad de despojar de sus estados á los príncipes establecidos en el pais nuevamente descubierto, ni de forzar por las armas á la conversion. La condicion impuesta en dichas concesiones de la propagacion de la religion, fué muy benéfica para los pueblos conquistados, pues determinando este punto como objeto de la conquista, hizo que los reyes de España lo considerasen como su primera obligacion, y para cumplirla extendieron con la religion todos los principios de la civilizacion, mediante el celo apostólico de los misioneros que vinieron á ser los protectores y el amparo de los pueblos conquistados. Sin necesidad de bula de la silla apostólica, todas las naciones en aquella época eran conquistadoras, y los fundamentos en que establecen sus derechos las naciones protestantes, eximiéndolas de la obligacion que impuso á los reyes de Castilla la silla apostólica, deja á los pueblos conquistados sin ninguna proteccion. Así vemos que en todos los paises ocupados por esas naciones, la poblacion indígena ó desaparece del todo, como ha sucedido en los Estados-Unidos, ó permanece estacionaria sin que se haga esfuerzo alguno para hacerle variar de religion y adelantar en la civilizacion, sino antes bien fomentando sus supersticiones, pues no se trata mas que de sacar aprovechamiento de ella, como sucede en los paises del Indostan sometidos á la Inglaterra. El derecho que aquellas naciones fundan en la despoblacion y falta de civilizacion del pais, se transforma en breve en derecho de conquista, porque formados los primeros establecimientos, sea sin indemnizacion, ó comprando las tierras en cambio de aguardiente y fusiles como se hace en los Estados-Unidos, á título de defender estas mismas tierras de las incursiones de los bárbaros, se les hace á estos una guerra de exterminio hasta acabar enteramente con aquellas naciones, y obligar á los restos de ellas á pasar al territorio mejicano y causar en él todos los males que actualmente sufren nuestros departamentos del Norte.

CAPITULO VIII.

VUELVE A EMPRENDERSE LA MARCHA.—SUBIDA AL GRAN VOLCAN.—
VALLE DE MEJICO.—IMPRESION QUE PRODUCE EN LOS ESPAÑOLES.—
CONDUCTA DE MONTEZUMA.—DESCIENDEN AQUELLOS AL VALLE.

1519.

Restablecida completamente la tranquilidad en Cholula, volvió el ejército aliado de españoles y tlascaltecas, á emprender su marcha para Méjico con mas ánimo. Extendíase el camino por hermosas praderas y ricos sembrados que se prolongaban por algunas millas en todas direcciones. De cuando en cuando, encontrábanlos en el camino, algunas embajadas de los lugares inmediatos que deseaban acogerse á la proteccion de los hombres blancos, y captarse su voluntad por medio de presentes, expecialmente de oro, pues era sabido ya en todo el pais el apetito que tenian de él.

Algunos de estos lugares eran aliados de los tlascaltecas, y todos mostraban mucho descontento con el gobierno opresor de Montezuma. Aconsejaban los nativos á los españoles, no se pusieran en sus manos entrando en la capital, y referian como una prueba evidente de su disposicion hostil, el haber ordenado que el camino recto se llenara de embarazos, con el fin de que los extranjeros se vieran obligados á tomar otro, en el cual por sus estrechos pasos y fuertes posiciones pudieran atacarlos con ventaja.

Estos avisos no fueron perdidos para Cortés, que veló cuidadosamente los movimientos de los enviados mejicanos, y redobló sus precauciones para evitar cualquiera sorpresa (1). Risueño y activo se le veia siempre donde quiera que se necesitaba su presencia. Unas veces en la vanguardia y otras en la retaguardia, alentando á los débiles, estimulando á los perezosos y procurando encender en los pechos de los demas, el mismo espíritu valeroso que germinaba en el suyo. Durante la noche, nunca dejó de rondar para ver si cada soldado estaba en su puesto. Una vez su misma vigilancia pudo haberle sido muy fatal. Se acercó tanto á un centinela, que no pudiendo distinguirlo por la obscuridad, le tendió su arcabuz, cuando afortunadamente una exclamacion del general, que dió la señal de alerta, detuvo el movimiento que pudo haber concluido la campaña y dado una duracion de algun tiempo, al imperio de Montezuma.

Por fin, llegó el ejército al lugar mencionado, por sus amigos indios, donde el camino estaba sembrado de estacas, y una parte de él obstruido, como se le

(1) „Andábamos,” dice Diaz usando del proverbio español, comun pero expresivo, „la barba sobre el hombro.” Hist. de la conquista, cap. 86.

había dicho, con grandes troncos de árboles y grandes piedras puestas en medio de él. Preguntó á los embajadores mejicanos, qué significaba todo esto. Dijéronle que se había hecho de orden del emperador, para impedir que tomaran un camino que despues de alguna distancia seria impracticable para la caballería. Confesaron, sin embargo, que era el mas recto; y Cortés, declarando que esto era bastante para que se decidiese á tomarlo, pues los españoles no hacian cuenta de los obstáculos, mandó que se removieran. Algunos maderos, segun dice Bernal Diaz, se veian al lado del camino muchos años despues. Este acontecimiento dejó poca duda en la mente del general, sobre la traicion meditada de los mejicanos; pero era demasiado político para descubrir sus sospechas (2).

Iban alejándose ya de las risueñas campiñas, pues el camino estaba abierto en la áspera sierra que separa las grandes mesas de Méjico y Puebla. El aire á proporcion que ascendian, era frio y penetrante, y el mismo viento, bajando de la nevada montaña, hacia que los soldados temblaran de frio, sin embargo de sus gruesos vestidos de algodón, y helaba los miembros de los hombres y de los caballos.

Iban pasando por entre dos de las mas altas montañas del continente Norte-Americano; el Popocatepetl, „la montaña que humea” é Iztaccihuatl „ó la muger blanca” (3), nombre indudablemente sugerido por la brillante vestidura de nieve que se estiende sobre su ancha y desigual superficie. La pueril supersticion de los indios, miraba á estas célebres montañas como dioses, y á Iztaccihuatl como la muger de su mas formidable vecino (4). Una tradicion de carácter mas elevado describia al volcan septentrional, como la mansion de las almas de los malos gobernantes, cuyas terribles agonías, en el lugar de su prision, ocasionaban los espantosos bramidos y convulsiones que se experimentaron en tiempo de erupcion; era la clásica fábula de la antigüedad (5). Estas leyendas supersticiosas habian investido á la montaña de un horror misterioso que hacia que los nativos huyeran de toda tentativa de ascender, lo cual por causas naturales, era una empresa de gran dificultad.

El gran volcan (6) como era llamado el Popocatepetl, se eleva á la enorme al-

(2) Ibid., ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 70.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 41.

(3) „Llamaban al volcan Popocatépetl, y á la sierra nevada Iztaccihuatl, que quiere decir la sierra que humea, y la blanca muger.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(4) „La sierra nevada y el volcan los tenian por Dioses; y que el volcan y la sierra nevada eran marido y muger.” Ibid., MS.

(5) Gomara, Crónica, cap. 62.

„Etna Giganteos nunquam tacitura triumphos,
Enceladi bustum, qui saucia terga revinctus
Spirat inexhaustum flagranti pectore sulphur.”

CLAUDIAN, de Rapt. Pros., lib. 1, v. 125.

(6) Los antiguos españoles daban este nombre á toda montaña elevada, aunque nunca hubiera tenido señales de combustion. Así el Chimborazo llamábase *volcan de*



LOS VOLCANES DE MÉJICO.

Tomada desde la barranca de los Morales.

tura de 17.852 piés sobre el nivel del mar; mas de 2.000 sobre el „monarca de las montañas,” la mayor elevacion de Europa (7). En el presente siglo, muy pocas veces ha dado pruebas de su origen volcánico, y „la montaña que humea” casi ha perdido el derecho que tenia á este nombre; pero en la época de la conquista estaba frecuentemente en actividad: bramaba con una fuerza no comun, cuando los españoles se hallaban en Tlascala, lo que calificaron de mal agüero los nativos del Anáhuac. Su cumbre, terminando en un cono regular por el depósito de erupciones sucesivas tenia la comun forma de las montañas volcánicas cuando no ha sido alterada por la cavidad del cráter. Remontándose hácia las estrellas con su plateada vestidura de perpétua nieve, veíase á mucha distancia sobre las extensas llanuras, siendo el primer objeto que el sol de la mañana saludaba al levantarse, y el último en que débilmente se reflejaban sus postreros rayos, arrojando un glorioso esplendor sobre la cima, que contrastaba de una manera sorprendente con los vastos desiertos de arena y lava no muy distantes, y con la espesa franja de fúnebres pinos que sombreaban su base.

El terror misterioso que estaba asociado á este lugar y el amor de aventuras, hizo que algunos de los caballeros españoles desearan subir á él, lo cual declararon los nativos, que nadie podria conseguir y quedar vivo. Alentólos Cortés, queriendo mostrar á los indios, que ninguna empresa, por atrevida que fuese, era superior al intrépido valor de sus soldados. Diego de Ordaz, uno de sus capitanes, con nueve españoles y varios tlascaltecas estimulados con el ejemplo de aquellos emprendieron la subida, que fué mas dificultosa de lo que habian creído.

La región mas baja estaba cubierta de bosques tan espesos, que en algunos lugares apenas podian penetrarlos. Lo eran menos al paso que avanzaban degenerando por grados en una escasa y lánguida vegetacion, hasta que á la altura de mas de trece mil piés, desapareció completamente. Los indios que los habian acompañado hasta allí, intimidados con los extraños ruidos subterráneos del volcan, todavia en estado de combustion, los abandonaron. El paso abierto en una negra superficie de arena volcánica y lava vidriada, cuyos fragmentos contenidos en su curso encendido habian tomado mil formas fantásticas, oponia repetidos impedimentos á la marcha. En medio de estos, una inmensa roca llamada *Pico del fraile*, que era visible desde abajo y se levantaba á la altura perpendicular de ciento cincuenta piés, los obligó á dar una gran vuelta. Pronto llegaron á los límites de las nieves perpétuas, donde nuevas dificultades se les

nieve; (Humboldt, Essai politique, tom. I, p. 162;) y el viajero emprendedor Stephens menciona el *volcan de agua*, en las cercanías de la antigua Guatemala. Incidents of Travel in Chiapas, Central America, and Yucatan, (New York, 1841,) vol. I, chap. 13.

(7) El Monte Blanco, segun M. de Saussure, tiene 15.670 piés de altura. Para estimar la del Popocatepetl, véase la laboriosa descripcion que de él se hace en la Revista mejicana, tom. II, núm. 4.

presentaron; pues el traicionero hielo no proporcionaba piso muy seguro, y un paso en falso podía precipitarlos á las heladas hendeduras que naturalmente estaban abiertas alrededor. Para aumentar sus males, era tan dificultosa la respiracion en estas aéreas regiones, que cada esfuerzo era acompañado de agudos dolores en la cabeza y demas miembros del cuerpo. Continuaron todavia adelante, hasta que al llegar cerca del cráter salia de sus entrañas inflamadas tal cantidad de humo, chispas y cenizas, descendiendo por los lados de la montaña, que casi los cegaba y sufocaba. Era demasiado sufrir aun para sus fuertes constituciones, por lo que á pesar suyo se vieron obligados á abandonar la empresa casi al tocar á su término. Trajeron consigo algunos grandes canelones de hielo, objeto curioso en estas regiones tropicales, como un trofeo de su hazaña, la cual, aunque imperfecta, bastó á llenar á los nativos de admiracion, haciéndoles conocer que los españoles miraban los mas terribles y misteriosos peligros, como meros pasatiempos. Esta empresa era eminentemente característica del arrojado espíritu del caballero de aquellos siglos, que no contento con los peligros que hallaba en su carrera, parecia solicitarlos por solo un amor quijotesco de aventuras. Una relacion de este hecho fué transmitida al emperador Carlos V, y se permitió á la familia de Ordaz, que conservase la memoria de él, llevando en su escudo de armas una montaña ardiendo (8).

No quedó el general satisfecho del resultado: dos años despues mandó subir otra partida bajo el mando de Francisco Montaña, caballero de una resolucion determinada, que tuvo por objeto procurarse azufre para elaborar pólvora. En este tiempo estaba tranquila la montaña, y fué coronada la expedicion de mejor suceso. Los españoles, cinco en número, llegaron hasta la orilla del cráter, cuya boca presentaba una elipsis irregular de mas de una legua de circunferencia. Su profundidad podia ser de ochocientos á mil piés. Una lánguida flama brillaba débilmente en el fondo, enviando un vapor azufroso, que enfriándose á proporcion que subia, revestia los lados de la cavidad. Echaron suertes, y tocó al mismo Montaña bajar en un cesto á este horrible abismo, al cual descendió sostenido por sus compañeros hasta la profundidad de cuatrocientos piés. Repitióse esto varias veces, hasta que el aventurero soldado hubo reunido la cantidad de azufre que necesitaba el ejército (a). Tan atrevida empresa excitó entónces una admiracion general, y Cortés concluye la relacion que

(8) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 70.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 78.

Este último escritor dice que la subida se verificó cuando el ejército estaba en Tlascalala, y fué coronada de un feliz suceso. La carta del general, escrita poco despues del acontecimiento, y sin ningun motivo para incurrir en equívocos, es mejor autoridad. Véase tambien á Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 18.—Rel. d'un gent., en Ramusio, tom. III, p. 308.—Gomara, Crónica, cap. 62.

(a) La familia de Montaña quedó establecida en Méjico, y su hija Doña Leonor Doncel obtuvo una corta pension del gobierno. Véase Alaman, Disertaciones, tom. I, apéndice 2. °

de ella hizo al emperador con la juiciosa reflexion de que despues de todo traeria menos inconvenientes el importar la pólvora de España (9).

Pero es tiempo de volver de nuestra digresion, que acaso puede excusarse, porque manifesta de una manera muy notable el espíritu quimérico de empresa, no inferior al que se nota en los romances de caballería, que alimentaba el pecho del caballero español en el siglo XVI.

Continuaba el ejército su marcha por las intrincadas gargantas de la sierra. Era casi la misma ruta que hoy sigue el correo de la capital á Puebla, por la via de Amecamecan (10). No fué la que comunmente toma el viajero de Veracruz, que sigue el camino mas tortuoso alrededor de la base del Iztaccihuatl, como menos cansado, aunque inferior en paisaje pintoresco y en sorprendentes puntos de vista. Los vientos helados que soplan en las laderas de las montañas traian consigo penetrantes aguas nieves y hielo que hacian sufrir mas á los cristianos que á los tlascaltecas, criados desde la infancia entre las selváticas soledades de sus montañas nativas. Al llegar la noche sus padecimientos habrian sido intolerables; pero afortunadamente encontraban abrigo en los edificios de piedra que habia colocado el gobierno mejicano en ciertos intervalos por todo el camino para comodidad del viajero y de sus correos. Poco podia sospechar que con ellos proporcionaba proteccion á sus enemigos.

Repuestas las tropas con el descanso de la noche, lograron la mañana siguiente temprano ganar la cumbre de la sierra de Ahualco que se extiende como una cortina entre las dos grandes montañas de Norte á Sur. Su marcha era ya fácil, comparativamente hablando, y avanzaron con paso firme luego que pisaron el suelo de Montezuma.

No habian caminado mucho, cuando al voltear un ángulo de la sierra improvisamente disfrutaron de una vista que con exceso compensaba las fatigas del dia anterior. Era la del valle de Méjico ó Tenochtitlan, como era mas comunmente llamado por los nativos, que con su mezcla pintoresca de lagos, bosques y praderas, florecientes ciudades y umbrosos collados, se desarrollaba ante ellos como un alegre y vistoso panorama. En la atmósfera sumamente rarefacta de

(9) Relacion tercera y cuarta de Cortés, en Lorenzana, pp. 318 y 380.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 3, cap. 1.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33., cap. 41.

El baron de Humboldt duda que Montaña descendiera al cráter, y cree mas probable que tomara el azufre en alguna hendedura lateral de la montaña. (Essai politique, tom. I, p. 164.) Ninguna tentativa, al menos con buen suceso, se habia hecho para subir á la cumbre del Popocatepetl despues de Montaña, hasta el presente siglo. En 1827 lo verificaron dos expediciones, y despues en 1833 y 1834. Una completa descripcion de la última, con muchos pormenores interesantes y observaciones científicas, fué escrita por el Sr. Federico de Gerolt, uno de los que compusieron la partida, y se publicó en el periódico mencionado. (Revista mejicana, tom. I, pp. 461 y 482.) Los que ascendieron, desde el pico mas alto que domina al menos elevado Iztaccihuatl, no vieron en esta montaña vestigios de algun cráter, contra la opinion comunmente recibida.

(10) Humboldt, Essai politique, tom. IV, p. 17.

estas elevadas regiones, aun los objetos distantes tienen una brillantez de colorido y una claridad de contornos, que parece no separarlos la distancia (11). A sus pies veían extenderse magestuosas selvas de encinas, sicómoros y cedros, y más adelante dorados campos de maíz y plantíos del esbelto maguey, mezclados con huertos y risueños jardines, pues las flores que tanto se necesitaban para las festividades religiosas, eran más abundantes en este populoso valle, que en otras partes del Anáhuac. En medio mirábase los lagos, cuya superficie tenía entonces una extensión mucho mayor que á la presente: sus márgenes sembradas de ciudades y aldeas; y en el centro, semejante á una emperatriz india con una diadema de perlas, la hermosa ciudad de Méjico, con sus blancas torres y templos piramidales, como si estuviera reposando en el fondo de las aguas; la renombrada „Venecia de los aztecas.” Descollaba sobre todo el paisaje la colina de Chapultepec, una de las residencias de los monarcas mejicanos, coronado del mismo bosque de gigantescos cipreses que hoy extienden su ancha sombra sobre el césped. A alguna distancia, más allá de las azuladas aguas del lago y casi oculta por el interpuesto follaje, veíase la ciudad rival de Tezcuco; y más adelante un obscuro cinturón de pórfido, ciñendo el valle, como un rico aderezo que la naturaleza había destinado para la más brillante de sus joyas.

Tal fué la hermosa perspectiva que se presentó á los ojos de los conquistadores; y aun ahora, cuando ha sobrevenido un cambio tan triste en la escena: cuando las espesas y elevadas selvas han sido destruidas, y el suelo, expuesto á los ardientes rayos de un sol de los trópicos, está en muchos lugares abandonado á la esterilidad: cuando se han retirado las aguas dejando una ancha y pálida orilla emblanquecida con la incrustación de sales, en tanto que las ciudades y aldeas situadas en sus márgenes han decaído en ruinas; aun ahora que esa desolación se comunica á todo el paisaje, son tan indestructibles los rasgos de hermosura trazados en él por la mano de la naturaleza, que ningún viajero, por poco entusiasta que sea, puede verlos sin sentirse lleno de admiración y arrobamiento (12).

¿Cuáles serían las emociones de los españoles, cuando después de un penoso camino por regiones encumbradas, se abrió ante sus ojos el nebuloso tabernáculo, y vieron estas hermosas escenas en toda su magnificencia y hermosura primitivas? Era semejante al espectáculo que se ofreció á la vista de Moisés, desde la cima del Pisgah, y en el entusiasmo del momento exclamaron: „es la tierra prometida (13).”

(11) El lago de Tezcuco, en el cual se levantaba la capital de Méjico, se halla á 2.277 metros, ó lo que es lo mismo, cerca de 7.500 pies sobre el nivel del mar. Humboldt, *Essai politique*, tom. II, p. 45.

(12) Es innecesario referir al lector á las páginas de los viajeros modernos, los que por más que difieran en gusto, talento ó sensibilidad, todos convienen en la impresión que ha producido en ellos la vista de este hermoso valle.

(13) Torquemada, *Monarquía ind.*, lib. 4, cap. 41.

Puede esto recordar al lector la memorable vista de las bellas llanuras de Italia, que Aníbal mostró á sus hambrientos bárbaros, después de una marcha semejante por los

Pero estos sentimientos de admiración, fueron sucedidos por otros muy diversos, pues todo lo que veían daba pruebas de una civilización y poder muy superior al que hasta entonces habían encontrado. Los más tímidos, arredrados con los peligros que tenían á la vista, deseaban evitar una contienda tan desigual; y pidieron, como lo habían hecho otras ocasiones, regresar á Veracruz. No fué este el efecto producido en el resuelto espíritu del general. Su avaricia se aguzó con el espectáculo de tan brillantes despojos á sus pies; y si bien sintió una ansiedad natural por la terrible desigualdad de recursos, renació su confianza cuando vió las filas de sus veteranos, cuyos marciales semblantes y rotas armaduras atestiguaban las batallas que habían ganado y las dificultades que habían vencido, á la vez que sus intrépidos aliados ardiendo en deseos de venganza excitados por la vista del país de sus enemigos, parecían al águila de las montañas pronta á arrojar sobre su presa. Con argumentos, ruegos y amenazas procuró reanimar el valor de sus soldados, instándoles á que no pensaran en retirarse cuando habían llegado al objeto que tanto deseaban, y cuando estaban abiertas las puertas doradas para recibirlos. En estos esfuerzos fué secundado por sus bravos oficiales, para quienes era tan caro el honor como la fortuna, hasta que los espíritus más pusilánimes participaron del entusiasmo de sus jefes, y el general tuvo la satisfacción de ver que sus columnas volvieron á tomar el ordinario y firme paso de su marcha descendiendo por los costados de la sierra (14).

Cada momento eran las selvas menos espesas: los terrenos cultivados más frecuentes; y veían aldeas en los fértiles y guarecidos ángulos, cuyos habitantes saliendo á encontrar á las tropas les hacían un recibimiento bondadoso. En todas partes oían quejas de Montezuma, especialmente por la manera cruel con que arrebatava á los jóvenes para engrosar sus ejércitos y á las doncellas para adornar su harem. Estos síntomas de descontento, eran notados con satisfacción por Cortés, quien veía que el „trono montaña” de Montezuma, según era llamado, descansaba en un volcán con elementos tan activos de combustión en su seno, que á cada hora podía producir una explosión. Alentó á los desafectos nativos á confiar en su protección, pues había venido á reparar sus agravios. Aprovechó además de su disposición favorable, para esparcir entre ellos aquellos rayos de luz espiritual, que el tiempo y la predicación del padre Olmedo podían proporcionar.

Avanzó descansando en cómodos lugares destinados al efecto, algo retardada su marcha por la multitud de curiosos habitantes que salían á las calzadas á ver á los extranjeros, y deteniéndose en cada sitio de interés ó importancia. En el camino le encontró otra embajada de la capital. Componíase de varios señores aztecas, cargados como de costumbre, con un rico presente de oro y vestidos de delicadas pieles y plumas. El mensaje del emperador, estaba con-

peligrosos pasos de los Alpes, como lo refiere el príncipe de los pintores históricos. *Liv., Hist.*, lib. 21, cap. 35.

(14) Torquemada, *Monarquía ind.*, ubi supra.—Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 7, cap. 3.—Gomara, *Crónica*, cap. 64.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 5.

cebido en los mismos términos deprecatorios, y aun se extendió á solicitar el regreso de los españoles, prometiendo en este caso, cuatro cargas de oro para el general, y una para cada capitán (15), con cierto tributo anual para su soberano. Tan eficazmente habia sido subyugado el altivo y valeroso espíritu del bárbaro monarca, por la influencia de la superstición.

Pero el hombre á quien el hostil aparato de los ejércitos no pudo acobardar, no habia de prescindir de su intento por ruegos propios de una muger. Recibió la embajada con su acostumbrada cortesía, declarando como antes, que no tendria que responder á su soberano si regresaba sin visitar al emperador en su capital. Por otra parte, seria mas fácil arreglar todos sus negocios en una entrevista personal, que por una negociacion entablada á larga distancia. Los españoles venian de paz: el mismo Montezuma así lo conoceria; y si su presencia le era gravosa, seria fácil para ellos libertarle de tal molestia (16).

Entre tanto el monarca azteca era presa de los mas funestos temores. Fué su objeto que la embajada de que arriba se ha hablado, hubiera presentándose á los españoles, antes de que hubiesen atravesado las montañas. Cuando supo que ya lo habian hecho, y que los terribles extranjeros continuaban su marcha por en medio del valle, esto es, por los umbrales mismos de la capital, se extinguió en su corazon hasta el último vislumbre de esperanza. Semejante á aquel que repentinamente se encuentra en la orilla de un obscuro y agitado golfo, estaba demasiado oprimido su espíritu para poder ordenar sus pensamientos y aun comprender su situacion. Era la víctima de un destino fijo, contra el cual, ninguna prevision ni diligencia podian ser eficaces. Parecia que los hombres extraordinarios que habian invadido sus playas, habian descendido de algun planeta distante: tan diferentes eran de sus vasallos en apariencia y maneras; tan superiores, aunque un puñado en número, á las naciones confederadas del Anáhuac en fuerza y ciencia, y en todas las terribles máquinas de la guerra. Estaban ya en el valle. La elevada barrera de montañas, de que tan benignamente le habia rodeado la naturaleza, habia sido salvada. Los dorados ensueños de seguridad y reposo con que se habia lisonjeado tanto tiempo; el mando que habia heredado de sus antepasados; su extenso dominio imperial, todo iba á extinguirse. Considerábalo como un funesto sueño del que iba á despertar á una mas terrible realidad.

En un exceso de desesperacion se encerró en su palacio, rehusó tomar alimento y buscó algun consuelo en las plegarias y en los sacrificios; pero los oráculos enmudecieron. Adoptó entonces el medio mas temporal de convocar un consejo de sus principales y mas antiguos nobles. Hubo en él la misma division

(15) La carga de un tamane mejicano era de cerca de cincuenta libras ú ochocientas onzas. Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 69, nota.

(16) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 12.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 73.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 3.—Gomara, Crónica, cap. 64.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 87.

de opiniones que antes habia prevalecido. Su sobrino el jóven rey de Tezcuco Cacama, le aconsejó recibir á los españoles cortesmente, como embajadores, segun se titulaban ellos mismos, de un príncipe extranjero. Cuitlahua, hermano de Montezuma, mas guerrero que el anterior, le instaba á reunir sus fuerzas al instante y arrojar á los invasores de la capital, ó morir en la defensa; pero el monarca encontró mucha dificultad en recobrar su valor para esta final contienda. Con semblante abatido y la vista clavada en el suelo exclamó: „De qué servirá la resistencia cuando los dioses se han declarado en contra (17). Temo por los ancianos y enfermos; por las mugeres y niños demasiado débiles para huir ó pelear. En cuanto á mí y los bravos que me rodean, podemos exponer nuestros pechos á la tempestad, y arrostrarla del mejor modo posible.” Tal es el sentido y patético tono en que se dice que el emperador azteca manifestó su amargura y afliccion. Habria ocupado un lugar mas distinguido en la historia, si hubiera puesto la capital en estado de defensa, y preparádose como el último de los Paleólogos á sepultarse en sus ruinas (18).

Determinó mandar inmediatamente una última embajada á los españoles, con su sobrino el señor de Tezcuco á la cabeza, para conducirlos á Méjico.

Entre tanto el ejército cristiano habia avanzado hasta Amecamecan, ciudad bien edificada que contenia algunos miles de habitantes. Fueron amistosamente recibidos por el cacique, alojados en espaciosos y cómodos edificios de piedra, y á su partida hízoles presentes, entre otras cosas, de oro que ascendia á la suma de tres mil castellanos (19). Habiéndose detenido aquí tres dias, descendieron por ricas sementeras y florecientes plantíos de maguey, que pueden llamarse las viñas aztecas, hácia el lago de Chalco. El primer lugar en que descansaron fué Ajotzinco, ciudad de considerable extension, y una gran parte de la cual estaba fundada sobre estacas introducidas en el agua. Fué la primera muestra que vieron los españoles de esta arquitectura marítima. Los canales que cortaban la ciudad en lugar de calles, presentaban una escena muy animada por el número de barcas que suavemente los subian y bajaban cargadas con provisiones y otros efectos para los habitantes. Quedaron muy admirados los españoles del estilo y cómoda construccion de las casas, edificadas principalmente de piedra, y del aspecto general de riqueza y aun de elegancia ostentada allí.

Aunque recibidos con grandes muestras de hospitalidad, halló Cortés algun motivo de desconfianza, en el interes que manifestaba el pueblo por conocer

(17) No era este el sentimiento del héroe romano.

„Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni!”

LUCAN, lib. 1, v. 128.

Agradó á los dioses la causa vencedora; mas la vencida á Caton.

(18) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 13.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 44.—Gomara, Crónica, cap. 63.

(19) „El señor de esta provincia y pueblo me dió hasta cuarenta esclavas y tres mil castellanos; y dos dias que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 74.